

TRADUCCIONES

CÓRDOBA DE LA PRIMERA A LA SEGUNDA CONQUISTA DE LA CIUDAD POR LOS BERBERISCOS

(NOV. 1009 — MAY. 1013)

SEGUN AL-BAYĀN AL-MUGRIB DE IBN 'IQĀRĪ

- (1) A mis ruegos, el profesor de las Universidades de Roma y Princeton, G. Levi Della Vida, ha traducido para estos *Cuadernos* las páginas que siguen del *Bayān al-Mugrib*. Conocíamos los sucesos en ellas referidos por los capítulos correspondientes de Dozy¹. Inspirado éste especialmente en fuentes españolas u orientales, reflejó en su obra el punto de vista de los andaluces frente a la barbarie bereber. Magrebí, Ibn 'Iqārī es favorable a los africanos y hace resaltar el odio de los cordobeses hacia sus coterráneos. Sus noticias completan, además, con muchos pormenores, las recogidas por el gran orientalista holandés. Levi Della Vida presta por ello con esta versión² un buen servicio a los estudiosos de la historia medieval española, al ofrecerles unas páginas —hasta ahora no accesibles a los no arabistas— llenas de interés para conocer horas sombrías de la historia de Córdoba a comienzos del siglo XI: las horas de revuelta y anarquía que siguieron a la dictadura de "Almanzor".

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ.

REINADO DE SULAYMĀN IBN ḤAKAM AL-MUSTA'IN B'LLĀH

Su genealogía: Sulaymān ibn Ḥakam ibn Sulaymān ibn 'Abdal-Raḥmān [III] Al-Nāṣir. Su *kunya*: Abū Ayyūb. Su título de Califa:

¹ *Histoire des musulmans d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les almoravides*, 2.^a éd. A. S. de LÉVI-PROVENÇAL, II, págs. 296-307.

² La señorita Irene Arias ha traducido al español la versión italiana del profesor G. Levi Della Vida.

³ Ibn 'Iqārī al-Marrākūṣī; *Al-Bayān al-Mugrib. Tome troisième. Histoire de l'Espagne musulmane au XI^e siècle. Texte arabe publié pour la première fois d'après un manuscrit de Fès par E. Lévi-Provençal, I. Texte et Indices*. Paris, 1930. Librairie Orientaliste Paul Geuthner. [Textes arabes relatifs à l'histoire de l'Occident musulman publiés sous la direction de E. LÉVI-PROVENÇAL, Volume II].

Al-Musta'in Bi'llāh. Su madre: una esclava cristiana (*rūmiyya*) llamada Ḥabya [gacela]. Su edad [en el momento de su ascensión al trono]: 52 años, siete meses y tres días. Su Califato: subió al poder dos veces, la primera el miércoles 17 de Rabī' I de 400h. [noviembre 8 de 1009], al día siguiente de la huida de Al-Mahdi [Muḥammad ibn Hišām ibn 'Abd al-Ŷabbār], y fué destronado el domingo 18 Šawwāl del mismo año [mayo 29 de 1010]; su primer reinado fué de siete meses, el segundo de tres años y tres meses y medio, desde el día en que destronó a Hišām [II] ibn al-Ḥakam hasta el día en que lo mataron. Su nacimiento: nació el mismo día en que nació Hišām ibn al-Ḥakam. Fué muerto junto con su hermano 'Abd al-Raḥmān y con su padre por mano de 'Alī ibn Ḥammūd, el Alí, como diremos en su oportunidad. Su físico: tez morena, ojos grandes, buena estatura, nariz recta, constitución robusta, hermoso rostro. Poseía cierta cultura literaria y poética. Su *qādī* [principal]: Ibn Dakwān [Aḥmad ibn 'Abd Allāh], durante su primer reinado, y 'Abd Allāh ibn Al-Šaffār, durante el segundo. Inscripción de su sello: Sulaymān ibn al-Ḥakam.

Dice Ibrāhīm ibn al-Ḥasan: En este mes de Rabī' I [octubre 23- (2) nov. 21 de 1009], Sulaymān nombró a los gobernadores y a los varios funcionarios del Estado, ordenó y prohibió, mientras que [Muḥammad (3) ibn Hišām al-Mahdi] Ibn 'Abd al-Ŷabbār en Córdoba iba de casa en casa, sin dejar de entregarse a la bebida y a actos deshonestos. Sulaymān decretó suprimir una parte de la caballería de Ibn 'Abd al-Ŷabbar; pero los jinetes rehusaron obedecer, gritando: "¡Queremos obedecer solamente a Al-Mahdi!" (4) muchos de ellos fueron muertos. Los berberiscos se habían acuartelado en Al-Zahrā'; los cordobeses, en su perversidad, los odiaban y mataban a traición a cuantos hallaban aislados. Cuando los berberiscos iban a los mercados de Córdoba, recelaban del populacho, y si un caballo relinchaba hacia otro caballo, sembrábase el pánico, debido al odio fanático que suscitaban en el pueblo. Sin embargo, tenían paciencia e impedían a los facinerosos y a los esclavos atacar a los Españoles.

Ibn 'Abd al-Ŷabbār había ido a visitar a un amigo suyo, llamado Sulaymān ibn 'Isā, en cuya compañía acostunbraba a beber. Cierta día en que éste salió para evacuar una diligencia, al volver sorprendió

* Este historiador Ibrāhīm ibn al-Ḥasan no parece conocido en las fuentes que he podido consultar: tal vez al-Ḥasan sea un error en lugar de Al-Qasim (véase nota 8).

* "Ordenó y prohibió", expresión técnica (la fórmula completa es: "Ordenó el bien y prohibió el mal"), que designa el pleno ejercicio de la autoridad soberana.

* El texto (pág. 92) trae: "¡Ninguna obediencia a Al-Mahdi!" Parece obvio que haya que insertar [illegible] antes de la última palabra.

a Ibn^oAbd al-*Ābbār* junto con su mujer. Fué entonces a ver al jefe de la policía y le informó de que Ibn^oAbd al-*Ābbār* se encontraba en su casa. Pero éste, cuando supo que había sido delatado, huyó con trece esclavas que llevaba consigo. Una que no huyó con él fué llevada a Sulaymān ibn al-*Ḥakam*. La casa de Sulaymān [ibn^o*Isā*] fué saqueada.

Ibn^oAbd al-*Ābbār* partió de Córdoba y a principios de *Ÿumādā I* [21 de diciembre de 1009-19 de enero de 1010] llegó a Toledo, cuyos habitantes le depararon la mejor acogida. Cuando lo supo Sulaymān, envió a Toledo a *Aḥmad ibn Wadā'a* con un ejército, para intimar obediencia a los habitantes y hacer cesar la sedición. Ibn *Wadā'a* volvió trayendo la noticia de que los habitantes de todas las fronteras y *Wāḍiḥ* rehusaban someterse y permanecían fieles a Ibn^oAbd al-*Ābbār*. Sulaymān envió un grupo de alfaquies y visires para intimarles a la rendición, mas volvieron sin haberla logrado. Sulaymān se dispuso, entonces, a atacar Toledo y las demás zonas fronterizas. Después de haber atado a las lanzas los estandartes, en la mezquita aljama, partió el lunes 11 de *Ÿumādā II* [30 de enero de 1010]. Siguió el camino de los montes, y una vez que llegó cerca de Toledo, envió a los alfaquies para exigir obediencia a sus habitantes; pero éstos continuaron oponiendo resistencia. Sulaymān prosiguió, entonces, su viaje sin entrar en Toledo, con la esperanza de someterla sin recurrir a la violencia, y se dirigió hacia la frontera. Hizo en Medinaceli una parada, desagradable a causa del frío, de la nieve y de la escasez de provisiones [léase *al-mīra* en lugar de *al-mabarra*], por lo cual no se detuvo allí mucho tiempo, regresó a Córdoba y llegó a ella el 27 de *Šā'bān* [15 de abril de 1010].

Ibn *Wadā'a* se unió a Ibn^oAbd al-*Ābbār* con gran número de esclavos (*ʿabīd*, esclavos) e hizo lo mismo el jefe de la policía, Ibn Maslama. *Wāḍiḥ* partió de Medinaceli y fué a Tortosa. Desde allí escribió a Sulaymān pidiéndole que lo dispensara del servicio y lo enviara a Lorca, donde quería retirarse del mundo y llevar una vida ascética. Se trataba de un engaño y de un ardid. Sulaymān le escribió que vigilara todo el territorio fronterizo y combatiera a los infieles. *Wāḍiḥ* hizo esto para entretener a Sulaymān hasta llevar a cabo su propósito de conducir a los francos (catalanes) contra él. Logró su intento, y convino con los cristianos (*Rūm*) que entrarían en Medinaceli y les sería entregada la ciudad. Hizo por tanto salir de ella a todos los musulmanes y estableció allí a los infieles para que pelearan con él contra los berberiscos, en ayuda del impío Ibn^oAbd al-*Ābbār*. Los francos

entraron en Medinaceli, capital de la Frontera Central, y se apoderaron de ella. El primer lugar en que penetraron fué la mezquita catedral [laguna de tres palabras], y en ella hicieron repicar las campanas y removieron la *qibla* [laguna de dos palabras]. Luego impusieron a Wāḍiḥ la condición de que cada uno de ellos recibiría dos *dīnāres* diarios, además de vino, carne y otras cosas a proporción; que el conde recibiría cien *dīnāres* por día, aparte de la comida, vino y demás cosas a proporción; que les pertenecería todo lo que arrebataran a los berberiscos: armas, ganado y dinero, y que dispondrían libremente de las mujeres y de las vidas y bienes de los berberiscos, sin intromisión de nadie. Le impusieron otras muchas condiciones, y todas les fueron concedidas.

Partieron los francos y su vanguardia llegó a Zaragoza; vejaron en ella con dureza a sus habitantes, maltratando a sus esclavos, sus hijos y sus mercaderes, y se acuartelaron en sus casas. Wāḍiḥ se dirigió con ellos hacia Toledo para reunirse allí con Ibn 'Abd al-Ŷabbār. Cuando Sulaymān al-Musta'in Bi'llāh se enteró de ello, el lunes 5 de Šawwāl [22 de mayo de 1010], llamó a los habitantes de Córdoba a guerrear contra los francos. Pero los cordobeses, demostrando desgana y temor de pelear, pidieron ser dispensados de hacerlo y Sulaymān consintió en ello.

El 14 de Šawwāl [31 de mayo de 1010] Sulaymān partió de Córdoba para oponerse a los francos; los dos ejércitos se enfrentaron el viernes [2 de junio]. Los berberiscos colocaron a Sulaymān detrás, con la caballería de los magrebíes, y le dijeron: "No te retires de tu puésto, ni siquiera si la caballería se te viene encima". Luego avanzaron y recibieron una violenta arremetida de los francos (catalanes). Entonces abrieron sus filas con la intención de tender una insidia a sus enemigos; pero Sulaymān, como viera la caballería de los francos romper las líneas de los berberiscos, se imaginó que éstos hubiesen sido derrotados y huyó inmediatamente con los que estaban en derredor suyo. Los berberiscos, en cambio, rodearon a los francos, los deshicieron y dieron muerte a su rey Ermeqund [Armengold de Urgel] y a gran número de oficiales. De la infantería de los berberiscos perdieron la vida cerca de 300 hombres y un solo caballero.

Mas cuando los berberiscos vieron a Sulaymān en fuga, se retiraron a Al-Zahrā' e hicieron salir de ella a sus familias, con sus hijos y sus bienes. Todos, sin excepción alguna, abandonaron la ciudad la

* La edición del *Bayān*, vcl. III, se basa en un manuscrito único, roído por las polillas en muchas partes: de aquí las lagunas que se encuentran de vez en cuando.

noche del sábado. Sulaymān, con los de su séquito, llegó, huyendo, a Játiva. El populacho de Córdoba entró en Al-Zahrā' y saqueó allí los muebles y utensilios de los bereberes y dió muerte a todo el que encontraron; y penetraron en la mezquita catedral y arrebataron los tapices, las lámparas, los ejemplares del Corán, las cadenas de las lámparas y los batientes de las puertas. Muḥammad ibn°Abd al-Ŷabbār y Wāḍiḥ, que habían ido rumbo a Córdoba, entraron en ella y el primero retomó el mando.

SEGUNDO REINADO DE MUḤAMMAD IBN HIŠĀM IBN
°ABD AL-ŶABBĀR

- (6) Cuando, en el mes de Šawwāl ya nombrado, Sulaymān fué puesto en fuga, Ibn°Abd al-Ŷabbār se estableció en su casa, en los suburbios (*finā'*) de Córdoba y, prestó solemne juramento de no cejar ni descansar hasta que acabara con los bereberes. Éstos, según hemos dicho, se habían llevado a sus familias y, después de haber ordenado nuevamente sus tropas, se trasladaron hacia Algeciras (Al-Jaḍrā'). Al-Mahdī penetró en Córdoba y en ella recibió el homenaje de fidelidad. El primero en prestárselo fué Hišām al-Mu'ayyad [el ex-califa Hišām II], y luego juraron todos los ciudadanos según la jerarquía de su clase. Ibn °Abd al-Ŷabbār pidió a los habitantes de Córdoba una suma de dinero, y ellos la recaudaron, según la antigua costumbre.

En seguida partió en persecución de los berberiscos, con las tropas cristianas que tenía consigo, con todo el ejército de las fronteras y con otras fuerzas, después de haber entregado sus estipendios a los francos (catalanes).

En el *Kitāb al-Iqtidāb* se refiere que Ibn°Abd al-Ŷabbār llevaba consigo cerca de treinta mil musulmanes, y además los cristianos, que eran nueve mil. Marchó con ellos contra los bereberes; pero éstos le infligieron la célebre derrota de Guadiaro, e Ibn°Abd al-Ŷabbār volvió a Córdoba vencido. Los bereberes tomaron a manos llenas ganado y objetos diversos, y los cristianos se desvincularon de Ibn°Abd al-Ŷabbār y lo abandonaron. Los bereberes se dirigieron hacia Reyó (Málaga). Sulaymān ibn al-Ḥakam al-Mustā'īn Bi'llāh avanzó desde oriente con quienes se habían agrupado en torno a él y uniósese a los bereberes. Informado de ello Ibn°Abd al-Ŷabbār, de acuerdo con los

* Esta obra no está mencionada en las fuentes conocidas por mí.

cordobeses, decidió resistir el asedio, y todos se prepararon para la lucha.

En la misma fecha de la derrota de Ibn^cAbd al-Ŷabbār y de los cristianos en el Guadiaro, ^cAli ibn Ḥammūd cruzó el mar y se apoderó de Ceuta en nombre de Sulaymān, diciendo a los habitantes que Ibn ^cAbd al-Ŷabbār había sido depuesto [léase *Juli^a* en lugar de *alā*] y que Sulaymān era el califa legítimo. Desde entonces fué señor de Ceuta.

La derrota del Guadiaro sucedió a fines de Šawwāl 400 [15 de junio de 1010] y en ella los bereberes eran menos de la undécima parte de los que mandaba Ibn^cAbd al-Ŷabbār. Mientras tanto habían llegado a Córdoba un cierto número de esclavos ^cAmiriyya desde Játiva y otras regiones. Entre ellos se encontraban ^cAnbar y Jayrān, y con ellos llegó Mundir ibn Yaḥyā, gobernador (*šāhib*) de Zaragoza, con sus partidarios. Ibn^cAbd al-Ŷabbār se alegró de su venida, pero los esclavos mencionados odiaban en secreto a Ibn^cAbd al-Ŷabbār por lo que había hecho, en el pasado, contra Hišām al-Mu'ayyad e Ibn Abi ^cĀmir, y además porque había exigido homenaje de fidelidad como califa. Por ello, cada vez que Sulaymān se acercaba a Córdoba, los esclavos se insubordinaban, movidos por su resentimiento, hasta que por fin se amotinaron, según se contará después. (7)

Ibrāhīm ibn al-Qāsim dice en su libro: "Cuando Ibn^cAbd al-Ŷabbār y Wāḍiḥ llegaron a Córdoba, mataron por maldad, parcialidad, impiedad y arrogancia a todos aquellos que tuvieran semejanza con los bereberes y a cuantos eran de origen africano, aunque no hubiesen visto nunca Africa ni oído hablar de ella. Se llegó al extremo de que si alguien enemistado contra otro decía: "Este es un bereber", bastaba para que se le diera muerte sin que nadie reclamara castigo por ello. Mataron a niños, abrieron el vientre a mujeres encinta. Tomaron a la hija de un hombre del campo, que era hermosa y agradable. Su padre conocía al franco (catalán) que se la tomara, y se presentó a Wāḍiḥ diciéndole: "Ese franco se ha llevado a mi hija, aunque no es berberisca". Wāḍiḥ le contestó: "No me hables más de eso. No hay manera de obtener su restitución, pues les hemos concedido por un convenio la facultad de hacer lo que hacen". El hombre se fué llorando a ver (8)

⁷ ^cAnbar, Jayrān y Mundir desempeñaron luego un papel importante en los sucesos que se desarrollaron el final del califato de Sulaymān. Los esclavos "^cAmiriyya" eran aquellos que habían estado al servicio de Ibn Abi ^cĀmir = Almanzor.

⁸ Ibrāhīm ibn al-Qāsim al-Katib al-Qayrawānī, llamado Al-Raqqā (véase nota 18), muerto después del 417/1026, escribió una obra histórica sobre el Africa septentrional y sobre el Occidente islámico (comprendiendo naturalmente a España), titulada *Ta'rij Ifriqiya wa'l-Maḡrib*, de la cual no se conocen manuscritos (véase BROCKELMANN: *Geschichte der arabischen Literatur*, Supplement, I, 252).

al franco y le rogó que le devolviese su hija prometiéndole, en cambio, el pago de cuatrocientos *dināres*. El franco (catalán) recibió el dinero y luego lo mató. Fué éste uno de los hechos más dolorosos y terribles de aquellos días: aquel infeliz había ido a rescatar a su hija; su dinero fué aceptado y luego fué muerto. ¡Perdió su dinero, su hija y su vida! Y ninguno de los cordobeses tuvo palabras de condena [léase *‘ayyara* en lugar de *gayyara*] o de reprobación”.

Entre los ejemplos de la poca consideración en que el pueblo de Córdoba tuvo al Islam durante esta guerra civil, puede citarse el caso de un cristiano que en medio de una calle principal de Córdoba empezó a decir: [laguna de dos tercios de renglón] y blasfemó contra el Profeta: —Dios ruegue por él, lo salude, lo honre y lo ennoblezca—, y nadie le dijo nada. Un musulmán, movido por el celo hacia el Profeta, exclamó: “¿No desaprobáis lo que oís? ¿Acaso no sois musulmanes?”. Y muchos cordobeses le contestaron: “Vete a tus quehaceres”. Cuando los francos (catalanes) oían la llamada a la oración, proferían palabras que no es posible repetir y nadie hacía objeción alguna. Los cordobeses juntaron mucho dinero para los francos, y pidieron al *qāḍī* Ibn Dakwān que les diesen las sumas custodiadas como pía fundación en el tesoro (*maqṣūra*) de la catedral. No consintió en ello y entonces abatieron la puerta del tesoro, se llevaron el dinero y se lo entregaron a los francos.

Ibn^oAbd al-Ābbār y Wāḍiḥ pidieron a los francos que marcharan contra los berberiscos, pero ellos mostrábanse perezosos. No dejaron de adularlos y de humillarse, hasta que por fin consintieron en partir, y su vanguardia marchó con Wāḍiḥ. Se puso en camino también Ibn^oAbd al-Ābbār y partieron con él todos los cordobeses y los campesinos aptos para llevar armas, pues se consideró tal expedición (*) como una verdadera guerra santa. El jueves 6 de Du-l-Qa^oda 400 [junio 21 de 1010, miércoles] se enfrentaron con los bereberes en Guadiaro. El combate fué violento, y los francos, con Wāḍiḥ e Ibn^oAbd al-Ābbār, sufrieron una completa derrota; murieron más de tres mil francos (catalanes), muchos de ellos ahogados.

Los bereberes recogieron en el campamento de los francos y en el de Wāḍiḥ e Ibn^oAbd al-Ābbār tiendas, dinero, armas, cabalgaduras, etc... Entre los muertos en el campo de batalla había un hebreo, ministro del rey de los francos, y los bereberes encontraron en su tienda treinta mil *mitqales*. Hallaron sobre los cuerpos de los francos

* Son frecuentes las diferencias de un día en la comparación entre fechas del calendario musulmán y del cristiano.

cinturones llenos de *dīnāres* y de *dīrhemes* de un valor incalculable. Murió aquel día Abū Yadās ibn Dūnās al-Yefrenī, el más valiente y esforzado de los bereberes. De los Banū Yefren y Banū Birzāl murieron diecisiete jinetes y de los otros bereberes solamente quince jinetes.

Los fugitivos llegaron a Córdoba al segundo día después del combate, y su odio hacia los bereberes se acrecentó. Ibn^cAbd al-Ābbār y Wāḍiḥ pidieron a los francos que volvieran con ellos a atacar a los bereberes, porque habían matado a sus jefes; pero se negaron [laguna de medio renglón]. Luego abandonaron Córdoba el viernes 24 de Du-l-Qa^cda, y los cordobeses quedaron tan afligidos por su partida que se dirigían mutuos pésames, como suele hacerse con los que han perdido sus parientes o sus bienes, por el dolor de su alejamiento y el temor a la llegada de los bereberes. (10)

Entonces Ibn^cAbd al-Ābbār impuso a los cordobeses una tasa y se preparó a marchar contra los bereberes, obligando a Wāḍiḥ a hacer lo mismo. Salieron con las milicias de la Frontera, con los eslavos y con todos los cordobeses, decididos a hacer frente a los bereberes y haciendo alarde de valor y de constancia. Pero después de haber recorrido 30 millas desde Córdoba, volvieron atrás por miedo a los berberiscos. Ibn^cAbd al-Ābbār, vuelto a Córdoba, hizo cavar un foso y erigir un muro detrás de él, cerca de la ciudad. Los bereberes realizaban diariamente incursiones por los alrededores de Córdoba, sin que nadie saliera a su encuentro. Se apoderaron del monte llamado Bobastro, rico en aguas, pastos y sembrados, en donde se había refugiado Ibn Ḥafṣūn, lo que acrecentó su fuerza. Ibn^cAbd al-Ābbār tomó todo lo que había en el castillo de Córdoba, en la Nā^cura y en la Ruṣāfa y, como Dios quiso, lo disipó en compañía de sus soldados. Con todo, seguía entregándose abiertamente a la lujuria y a la bebida y se mostraba tacaño con los cordobeses y codicioso con los mercaderes. Wāḍiḥ lo odiaba por lo que había hecho a Ibn Abī^cĀmir y a los Āmiriyya y por verlo fornicador y ebrio y manchado por toda clase (11)

¹⁰ El 24 Du-l-Qa^cda 400/julio 9 de 1010 era un lunes (o domingo): la fecha consignada aquí debe por lo tanto ser errónea. Si en lugar de *baḡiyat* ("[siete días] restantes [antes de fin de mes]") se leyera *jālat* ("[siete días] transcurridos [desde principios de mes]"), error éste que aparece también en otros pasajes del *Bayān*, obtendríamos una correspondencia satisfactoria, porque el 7 Du-l-Qa^cda 400/junio 22 de 1010, cayó en jueves; pero sería necesario admitir que los francos (catalanes) partieron de Córdoba en el mismo día en el cual llegaron allí después de la derrota.

¹¹ *Omar ibn Ḥafṣūn, el famoso rebelde contra los Omeyas de Córdoba, muerto en 305/917-8 o 306/918-9, sobre el cual véase Dozy: *Histoire*, II, 190-339 (2.^a Ed., II, 12-106).

¹² Acerca de estas dos residencias suburbanas de los Omeyas véase E. LÉVI-PROVENÇAL: *L'Espagne musulmane au X^e siècle*, págs. 224-225.

de iniquidades. Empezó a conspirar con una facción de esclavos para eliminarlo, y por fin logró su designio.

MUERTE DE MUḤAMMAD IBN HIŠĀM IBN^cABD AL-ŶABBĀR

- Una facción de esclavos ^cĀmiriyya conspiró con Wāḍiḥ, y el domingo 8 de Du-l-ḥ:ḡya 400 [23 de junio de 1010] —el eunuco Wāḍiḥ había sido nombrado *ḥaḡib* por Ibn^cAbd al-Ŷabbār— los conjurados se unieron a él y se rebelaron. Entraron en el alcázar y tomaron posesión del mismo; luego fueron a ver [a Ibn^cAbd al-Ŷabbār], pusieron en libertad a Hišām al-Mu'ayyad e hicieron sentar a Ibn^cAbd al-Ŷabbār frente a él; Al-Mu'ayyad empezó a increparlo [laguna de tres palabras]. Murió por mano de un esclavo de Al-Ḥakam llamado Al-Šafaq. Los esclavos ^cĀmiriyya lo degollaron, le cortaron la cabeza y echaron su
- (13) cadáver sobre el empedrado (*Al-raḡif*); cayó en el mismo lugar en
- (14) donde estaba el cuerpo de Ibn^cAsqalēya desde el día en que Ibn^cAbd al-Ŷabbār lo había hecho matar. Su cabeza fué enviada a los bereberes por Wāḍiḥ, y su cadáver permaneció colgado por varios días; después fué sepultado en una cloaca, debajo del patíbulo de los condenados a la crucifixión, y Alá puso término a su disolución y a su maldad. Vivía en Córdoba un hijo de Ibn^cAbd al-Ŷabbār, de edad juvenil —tenía dieciséis años cuando murió su padre—, y los partidarios de Ibn^cAbd al-Ŷabbār lograron hacerlo llegar a Toledo, donde la población lo recibió nombrándolo su jefe. Permaneció allí hasta que concibió la idea de reconquistar el país que había pertenecido a Muhammad [su padre]. Muḥārib at-Tuḡibi fué a su encuentro, lo venció y lo envió prisionero a Wāḍiḥ, quien lo hizo matar.

SEGUNDO CALIFATO DE HIŠĀM AL MU'AYYAD L'LLĀH

- (16) Después de la muerte de Ibn^cAbd al-Ŷabbār el día de Minā del año 400 [8 Du-l-ḥ:ḡya, 23 de julio de 1010], el califato volvió a Hišām ibn al-Ḥakam, el cual convocó una asamblea para la proclamación del califa, y le fué renovado el homenaje de fidelidad. Nombró *ḥaḡib* a

¹³ Al-raḡif, *arrecife*, era una ancha calle empedrada al sur del palacio de los califas, a orillas del Guadalquivir (véase LÉVI-PROVENÇAL: *L'Espagne*, pág. 223).

¹⁴ Sobre la muerte de Ibn^cAsqalēya véase Dozy: *Histoire*, III, 272 (2.^a Ed., II, 284).

¹⁵ "Día de Minā" (de un lugar cercano a la Meca) es llamado el primer día de las ceremonias de peregrinaje anual.

Wāḍiḥ, el primer eunuco, remitió la cabeza de Ibn^oAbd al-Ŷabbār a Sulaymān al-Mustaʿin Bi'llāh y escribió a los bereberes invitándolos a sometérsele. Celebrada la fiesta del fin de la peregrinación [10 de Du-l-ḥiŷŷa, 25 de julio de 1010], Hišām al-Mu'ayyad Li'llāh subió a caballo y se dirigió al foso, nombró a los funcionarios según el grado de energía y de capacidad administrativa de cada uno y preparó al pueblo para que se defendiera contra el enemigo. En aquel tiempo Hišām no ocultaba la esperanza de reconciliarse con los bereberes, por confiar en que se desorganizarían y volverían a él, alejándose de Sulaymān. Sin embargo, los bereberes sentían aversión por los habitantes de Córdoba, como consecuencia de las atrocidades cometidas contra ellos. Sulaymān reprochaba a Wāḍiḥ la muerte de Ibn^oAbd al-Ŷabbār, su traición y su falta de fidelidad.

Los bereberes se establecieron en Segunda y en el paso de al-Mā'ida, realizando incursiones y matanzas, mientras que Hišām con sus súbditos y Wāḍiḥ con sus tropas permanecían detrás del muro sin cruzarlo un solo palmo. La situación permaneció extremadamente grave y el camino falto de [laguna de un renglón]; se guerreaba diariamente y las matanzas eran repentinas. Faltaban dinero y hombres y a ello añadíanse epidemias y enfermedades. Sin embargo, los cordobeses seguían deseosos de combatir a los bereberes, aunque estuviesen incapacitados para hacerlo y se hallasen desprovistos de medios. A diario Wāḍiḥ entretenía al pueblo con mentiras y esparcía innumerables falsos rumores acerca de los bereberes. Cada día los cordobeses se ponían en marcha para enfrentarse con los sitiadores, pero no iban más allá de la trinchera. Si alguien era herido, volvían diciendo: "Hemos matado a tal bereber, y han huído en tal dirección", multiplicando así mentiras y embustes.

El año 401 [Cam. 15 de agosto de 1010] los bereberes se movieron hacia Córdoba y entraron en Al-Zahrā' el sábado 25 de Rabi^o I [no-⁽¹⁶⁾viembre 6 de 1010, lunes]. Al-Zahrā' estaba defendida por una parte del ejército; algunos de sus defensores fueron condenados a muerte, a otros se les perdonó la vida. Los bereberes se instalaron allí y nadie cruzaba la trinchera. Wāḍiḥ, a fuer de malvado y traidor, dejó plena libertad a los facinerosos para ensañarse contra la bella y graciosa villa (*munya*) de Al-Ruṣāfa, que fué destruída e incendiada y sus árboles fueron talados, por temor de que los bereberes irrumpieran por aquel lado. Luego se arrepintió y comprendió que constituían una fortaleza para su defensa.

¹⁶ Aquí el error en la correspondencia de las fechas es de dos días.

El 25 de Ša^cbān [3 de abril de 1011] los bereberes salieron de Al-Zahrā' y empezaron a hacer correrías por las zonas próximas y lejanas de la región, saqueando, destruyendo, incendiando y matando. Si Wāḍiḥ enviaba contra ellos un cuerpo de jinetes, éstos no los alcanzaban, porque les tenían miedo, y se limitaban a saquear lo que dejaran los bereberes en los pueblos y sus términos, retirándose luego. Los moradores de todos los alrededores acudieron [a Córdoba] por temor a los bereberes y llegaron a ser más numerosos que los mismos ciudadanos. La mayoría murió de hambre o fueron muertos fuera de la ciudad, y todo su ganado pereció.

Los bereberes llegaron hasta Málaga, asolaron sus alrededores y dieron muerte a algunos habitantes. Después se desviaron hacia Elvira, que saquearon y demolieron, cautivando a las mujeres. Si se enteraban que alguna de ellas tenía dinero, la colgaban por los senos. Y colgaron [laguna de 2/3 de renglón]; luego volvieron todos a Málaga; pero sus habitantes, que habían pedido el indulto a Sulaymān, lograron alejarlos mediante el pago de setenta mil *dīnāres*. Entonces los bereberes entraron en Algeciras, mataron a todos los que allí se hallaban, demolieron las casas, hicieron prisioneros a los niños y tomaron los bienes de sus moradores. Más tarde Sulaymān ordenó que los prisioneros fueran llevados al arsenal y los dejó libres. Algunos de ellos llegaron a Málaga, algunas mujeres se desposaron con soldados, pero la mayor parte murió. Los bereberes cortaron los abastecimientos de Córdoba, de modo que el hambre fué intensa y los víveres faltaron.

Dice Ibrāhīm ibn al-Qāsim: "Los cordobeses, pese a su aflicción y gran tormento, persistían en su actitud sediciosa y en su odio fanático contra los berberiscos. El hablar de paz costaba la vida, al extremo de que un varón, eminente entre los sabios, dijo en la mezquita aljama: "Dios, ¡danos la paz!", y fué muerto en el mismo sitio. También otro que dijo en la aljama: "Dios ama la paz y la exige" [léase *amara* en lugar de *umira*], perdió la vida al instante. Una mujer, al regresar del horno, dejó caer una olla que se quebró. Como era negra, se elevó un grito: "¡Una berberisca negra!", y la mataron. Otra volvía del río llevando una jarra sobre los hombros, se le cayó ésta, y también a ella la mataron". Podrían referirse innumerables casos de este género. Dice el autor: "El ejército demostraba su des-

"Arsenal", *Dār al-ḥirā'a*, es un término genérico que designa toda clase de oficinas, puestas generalmente bajo la supervisión del gobierno (véase LÉVI-PROVENÇAL: *L'Espagne*, págs. 55, 85, 154, 178. Parece que la medida de Sulaymān tendía a sustraer a los prisioneros de la propiedad privada de los berberiscos, entregándolos a funcionarios del gobierno, para libertarlos luego sin rescate.

precio por Wađiḥ, lo tenía en poca consideración, lo injuriaba y le maldecía en voz alta”.

Llegaron mensajeros de Ibn Māma al-Qumis, rey de los cristianos [Sancho, conde de Castilla], para exigir la entrega de las fortalezas prometidas, con la condición de que no enviarían intimaciones ni llevarían ningún ataque a las fronteras. Aceptados los términos, se presentaron los *alfaques*, los asesores (°Uḍā) y el juez (*qađi*) y redactaron el oportuno documento.

*RELATO DE LA ENTREGA DE LAS FORTALEZAS A LOS CRISTIANOS
Y DE LO QUE SUCEDIO A LOS MUSULMANES A ESTE PROPOSITO,
JUNTO CON EL RELATO DE LA GUERRA CIVIL, ETC., CON
REFERENCIA A ESTO*

Dice [el autor]: “Cuando los mensajeros llegaron a Córdoba, se presentaron los *alfaques*, el *cađi* y los asesores, y escribieron un documento sobre las condiciones de la entrega de las fortalezas a los cristianos; fué leído frente al pueblo, en presencia de Hišām y de Wađiḥ, y todos los circunstancias le garantizaron con su testimonio. Luego abandonaron todos el alcázar, alegres por lo que había sucedido. Las fortalezas que pasaron a poder de Ibn Māma habían sido tomadas todas por Al-Ḥakam ibn°Abd al-Raḥmān, Muḥamad ibn Abi°Āmir [Almanzor] y por su hijo Al-Muzaffar. Esto sucedió por ligereza de Hišām”.

Así refiere Al-Raqiḥ en su libro:

(18)

Mientras tanto, los bereberes, cuando fueron rechazados de Córdoba, en donde perecieron muchos de ellos, destruyeron muchas ciudades y dieron muerte a sus moradores; quedaron inmunes solamente Toledo y Medinaceli. La caballería berberisca llegó hasta los suburbios de dichas ciudades y aún más allá, tanto que un hombre podía viajar a caballo durante meses enteros sin que viera a nadie en los caminos y en los villorrios. El maldito Ibn Sañfo (¿de Navarra?), cuando supo que habían sido entregadas algunas fortalezas al maldito Ibn Māma, escribió con amenazas, exigiendo otras; se le concedió lo que pedía y se le escribió que le serían dadas las fortalezas. Todo ello ocurrió por la obstinación de no querer llegar a un acuerdo con los bereberes.

¹⁸ El historiador Al-Raqiḥ es el mismo que en otras partes es llamado Ibrāhīm ibn al-Qāsim (véase nota 2).

¹⁹ En Dozy: *Histoire*, II, 303 (2.ª Ed., II, 302) es llamado simplemente “un autre comte”.

Finalmente, Wāḍiḥ, viendo que el ejército le era hostil y deseaba deshacerse de él, resolvió enviar un emisario a los bereberes, e hizo creer que realizaba esto por consejo de Hišām, por el cuidado que él tenía por el bienestar de las clases superiores y del pueblo. Wāḍiḥ envió a los berberiscos a un hombre llamado Ibn Bakr, quien se entrevistó con Sulaymān y trajo su respuesta. Pero el ejército, excitado contra él, lo mató, sin que Hišām y Wāḍiḥ fueran capaces de defenderlo. Le cortaron la cabeza y la pasearon por la ciudad sobre una lanza. El ejército y el pueblo (*al-Raʿiyya*) estaban resueltos a combatir, y el *cadí* ponía todo su empeño en ello, y prometió quinientos caballos de los bienes de las fundaciones pías para la infantería de los eslavos; (20) sabía muy bien que tanto los que mataran como los que murieran irían al infierno, pero nada le importaba. El país sufrió mucho por la escasez de dinero y de provisiones, y el ejército se mostró pusilánime y negligente. El soberano reunió en el alcázar a los mercaderes, quejándose por la escasez de dinero y pidiéndoles una ayuda pecuniaria. Ellos contestaron: "Muchas veces hicimos todo cuanto podíamos; ahora es mejor para nosotros morir. Envíanos contra nuestros enemigos, los bereberes, pero no daremos nada". Wāḍiḥ se asustó y decidió huir.

MUERTE DE WĀḌIḤ

Cuando Wāḍiḥ resolvió huir y el ejército tuvo indicio de ello, Ibn Wadā'a penetró en su casa con cierto número de soldados; lo sacaron fuera de ella e Ibn Wadā'a le echó en cara el haber malgastado los dineros públicos y el haber querido entenderse con los bereberes. Luego, Ibn Wadā'a se abalanzó contra él y lo hirió con su espada; los soldados se le arrojaron encima y acabaron con él. Le cortaron la cabeza y la llevaron por las calles y su cuerpo fué lanzado contra el empedrado, en el mismo lugar en donde habían sido echados Ibn^cAsqalāya e Ibn^cAbd al-Ŷabbār. Saquearon las casas de sus amigos y secretarios y encontraron en la de Wāḍiḥ muchas cosas de valor ya empaquetadas por él, con ánimo de llevárselas en la huída. Hišām al-Mu'ayyad mostró buena cara, diciendo: "No quiero a otro *ḥāfiḥ*, yo mismo cuidaré mis intereses". En efecto, durante varios días celebró audiencias públicas, pero luego volvió a sus costumbres y los ministros comenzaron a dirigir el gobierno del país.

²⁰ Porque, según el concepto islámico, tanto el que mata como el que muere combatiendo en una guerra entre musulmanes, peca contra el principio de la hermandad.

Hišām confió a Ibn Wadā'a el mando de la policía de la ciudad, y aquél tomó severas medidas contra las personas sospechosas. El ejército y todos lo temían. Un destacamento de bereberes, desde Jaén, realizó una incursión contra Valencia, llevándose quinientos caballos, de propiedad del gobierno, y apresando a trescientos hombres, oficiales del ejército, secretarios y agentes, que allí se encontraban. Sucedió esto en el año 401.

Hišām había hecho construir sobre la trinchera una sala elevada, desde la cual se dominaba con la vista a los bereberes, y la había llamado *Al-Daydabān* ("la atalaya"). Allí celebraban los ministros sesiones diarias con los *alfaquíes* para consultarse sobre las disposiciones necesarias al gobierno, pero lo que hacían hoy lo deshacían al día siguiente.

Ese año una gran inundación del río de Córdoba destruyó cerca de mil casas en los alrededores de la ciudad e innumerables mezquitas y diques. Casi cinco mil personas murieron ahogadas o sepultadas bajo los escombros; los muebles y bienes del pueblo se perdieron y casi todo el muro se derrumbó, sepultando gran parte de la trinchera. Tres días duró la inundación. Así cuenta Al-Raḡiq en su libro.

La población y los esclavos se reunieron en Córdoba, y se empeñaron recíprocamente, bajo solemne juramento, a unir sus fuerzas y a mantenerse unánimes en la guerra contra los bereberes. Confirmaron el juramento y se obligaron a ello por escrito, tomando como testigos a los visires y a los grandes. Los precios iban subiendo cada día más y la situación empeoraba; las gentes huían a las playas y a los campos. La condición de Córdoba se agravó tanto que la población se alimentaba con sangre de bueyes y de ovejas sacrificadas y con animales muertos por enfermedad y [laguna de una palabra] podridos. ⁽²¹⁾

Unos hombres estaban en la cárcel: uno de ellos murió y los otros se lo comieron. En medio de tanta miseria se tomaba vino públicamente, la fornicación era lícita, los vicios contra la naturaleza, manifiestos; no se veían más que personas pecando delante de todos.

En el mes de Ýumādā II [402, 30 de diciembre de 1011 -- 28 de enero de 1012] los bereberes partieron de Jaén hacia Guadalmellato y robaron a manos llenas bueyes y ovejas en tal cantidad que no alcanzaban a custodiarlos. Los cordobeses hambrientos salían de noche para asaltar a los pastores dispersos y tomarles cuanto podían, y nadie tenía escrúpulo en comprar los animales capturados. Cuando los be-

²¹ Es ilícito para los musulmanes alimentarse con sangre y también comer carne de animales muertos por enfermedad.

reberes se apercibieron de ello, se pusieron al acecho y cada noche mataban a diez, veinte o treinta hombres. Una noche mataron más de cien, y entonces los cordobeses dejaron de robar el ganado de los bereberes y se limitaron a raptar y sacrificar los animales del país, y la gente los comía como si fuera sin duda alguna lícito.

Sulaymān escribió a los cordobeses exhortándolos a acabar con la guerra civil y enumerando las pruebas de amistad que los bereberes les habían dado de buena fe y los dolores e ignominias por ellos soporados. Les recordó cómo había salvado a los cordobeses de la opresión de los francos, cuando, por compasión hacia ellos, salió a pelear en compañía de los bereberes; y agregó otros argumentos eficaces. Una parte se inclinó hacia la paz, otra la rechazó. Mientras tanto los bereberes invadían los campos alrededor de Córdoba, segando las mieses y alimentándose con ellas. Después de haberse detenido cerca de la trinchera, exclamaban a manera de escarnio y de irrisión: "Enviadnos segadores, y os aseguramos que no dejaremos ni un solo grano"; pero nadie, perteneciera o no al ejército, podía salir de la trinchera y llegar hasta ellos.

- Llegó el día de la terminación del ayuno [1 Šawwāl 402, 26 de abril (22) de 1012], y como nadie podía ir al lugar de la plegaria (*Al-Mušalla*), oraron en la mezquita catedral, llenos de miedo y congoja. La aflicción de los cordobeses iba aumentando; se puso fuego al mercado de los carpinteros y a muchos otros mercados: se produjo un gran incendio y los esclavos saquearon lo que no habían devorado las llamas. Algunos cordobeses quemaron la mezquita catedral de *Al-Zabrā* y se llevaron todo cuanto quedó: lámparas, batientes de las puertas, el púlpito y los tapices. Un grupo de bereberes bajó a la orilla del río, invitando a la paz. Ibn Munāwī, que era favorable a ella, contestó: "Haremos la paz con vosotros, si nuestro soberano lo considera justo". (23) Ibn Munāwī tenía el título de *Du-l-Wizāratayn*. Pero los *alfaquíes* se opusieron, diciendo: "Si se estipula la paz, todo acabará para nosotros". Y fueron todos juntos a ver a Ibn Munāwī y le dijeron: "Para nosotros es más segura la guerra con los bereberes que vuestra paz". Evitaron hablar de paz y la guerra civil volvió a la situación anterior.

Un cierto Ibn Farrāj gozaba en aquel tiempo de la intimidad de Hišām al-Mu'ayyad, quien lo trataba familiarmente y se deleitaba

22 Existían en Córdoba dos lugares para la oración al aire libre, llamados *mušallāh*: uno en la *Al-Mušalla*, otro en la orilla izquierda del Guadalquivir (véase LÉVI-PROVENÇAL: *L'Espagne*, página 223); probablemente aquí se alude a este último.

23 "El que posee los dos cargos de visir" es un sobrenombre frecuente, que se refiere a un doble oficio, militar y civil (el de la espada y de la pluma), ejercido por un mismo individuo.

con su compañía. Ibn Munāwī supo que aquel hombre había predicho el futuro a Hišām en estos términos: "Tu reino no prosperará por medio de uno de los 'Āmiriyya, sino por medio de uno de tus esclavos". Ibn Munāwī lo mandó a llamar y le hizo cortar la cabeza, sin miramiento a su posición privilegiada cerca de Hišām. Ibn Munāwī era un 'Āmiriyya. Además detuvo a muchas personas que se sospechaba favoreciesen a Sulaymān y a los bereberes, y las hizo decapitar y crucificar. Ordenó que las puertas de la ciudad quedaran abiertas para la gente que quería salir; y cuando los que habían salido se encontraron fuera de la ciudad y hubieron caminado un trecho, ordenó que se les tomaran sus bienes. Hizo matar a la mayoría, junto con las mujeres que los acompañaban, y vendió a algunas como si fueran prisioneras de guerra. Esta fué una de las calamidades que sufrió Córdoba.

Llegaron a Córdoba cartas de los habitantes de las fronteras: "O lográis un acuerdo con los bereberes —decían— o hacedles la guerra con energía, pues ni vosotros ni nosotros tenemos fuerza contra ellos. Tal vez podríais escribir a Ibn Māma Dūna [el conde Sancho de Castilla] que venga pronto con sus tropas en vuestra ayuda". Los visires, los *alfaques* y los grandes del reino se reunieron a deliberar en el alcázar, y en nombre de Hišām escribieron a Zāwī ibn Zīrī exhortándolo a cumplir las obligaciones contraídas y ofreciéndole lo que deseara en dinero, gobierno, etc. Llegó su respuesta en estos términos: "En cuanto a la posibilidad de romper la fe jurada a mi soberano y de oponerme a mis compañeros, no hay manera de hacerlo; pero trabajaré con todas mis fuerzas por la paz y seguiré buscando la concordia y la unidad entre los musulmanes. Me esforzaré en hacerlo por Dios, pues así mereceré el favor del Señor, poniendo término a la guerra civil y al derramamiento de sangre y restaurando la concordia" [léase *dāt al-bayn* por *dāt al-'ayn*].

La situación empeoró, e Ibn Munāwī receló que le sucediera lo mismo que a Wādīḥ. Por eso habló a los visires y a los *alfaques* incitándolos a hacer la paz, que declaró aceptaría sólo de común acuerdo con Hišām ibn al-Ḥakam y todos los esclavos. Los *alfaques* le agradecieron su intención de acabar con la guerra civil.

Cuando llegó el martes 1 Du-l-ḥiŷya 402 [24 de junio de 1012], Ibn Munāwī fué a visitar a Hišām al-Mu'ayyad con los jefes de los esclavos y del ejército, y todos le revelaron la situación del país con estas palabras: "Las cosas han llegado a una situación extrema, y nosotros nada podemos hacer contra esa gente. El pueblo está dividido: hay quien pide la guerra y quien no la quiere. Nos falta dinero; hemos

arruinado a nuestros súbditos (*Ra'iyya*) con los impuestos. Los precios son altísimos, el ejército es pobre, cunde el desorden en las fronteras, y los cristianos, que disponen de grandes fuerzas, meditan atacarnos, mientras nosotros no estamos en condiciones de resistirles". Cuentan que Hišām rompió en amargo llanto: "Obrad como queráis —dijo—, prescindiendo de mí. Nada puedo hacer ni por vosotros ni por mí mismo. Tomad pues las resoluciones que os resulten provechosas y ejecutadlas. Yo os seguiré". Ibn Munāwī entró en el alcázar, tomó todos los objetos de valor, se los llevó de noche y huyó desde Córdoba a Badajoz. Y Córdoba permaneció en poder de los eslavos y de la ínfima plebe.

El año 402 los cordobeses escribieron una carta a los bereberes en nombre de Hišām e Ibn Munāwī, instigándolos a poner fin a la guerra civil y a devolver la autoridad a Hišām al-Mu'ayyad, quien tenía mayor título para ello por el homenaje de fidelidad con que se había obligado el pueblo antes de prestarlo a otros. Sulaymān sería su heredero y su delegado y gobernaría el califato en su lugar. Llevaron la misiva algunos notables de la ciudad; éstos avanzaron hasta llegar a la presencia de Sulaymān, a quien entregaron la carta de Hišām y otra de los visires dirigida al colegio de los visires bereberes. Cuando Sulaymān vió el sobrescrito: "De parte del siervo de Dios Hišām ibn al-Ḥakam, Príncipe de los Creyentes", arrojó de sí la carta, estalló en improperios y dijo: "Yo soy el Príncipe de los Creyentes, y a Hišām no pertenece este título". Todos los bereberes dijeron: "Este es el Príncipe de los Creyentes: no hay otro más que él, y nadie, sino él, merece mayor respeto". No se leyó ni una sílaba de las dos epístolas: Sulaymān hizo desgarrar con un cuchillo la que le fuera enviada, y los berberiscos rasgaron la otra. Sulaymān dijo: "¡Por Dios!, jamás he prestado homenaje de fidelidad a Hišām, pues cuando fué elegido, yo tenía ocho años. Él, en cambio, me ha jurado fe espontáneamente, sin ser obligado. Tiene más obligación de ser juicioso y de cumplir con su deber". [Los enviados de los cordobeses relataron después]: "Nos despedimos entonces y salimos, acompañados hasta la puerta por los visires bereberes. Llegados a Córdoba, nos presentamos a Hišām. ¡Por Dios!, él no nos preguntó qué había sucedido con Sulaymān, no tuvo palabras de agradecimiento ni de reproche, sino que permaneció callado. Y tan pronto salimos, Hišām ordenó que le fuera renovado el homenaje de fidelidad por todo el pueblo".

Llegó entonces una carta del comandante de la Frontera anunciando que vendría a Córdoba con Ibn Māma Dūna el conde Sancho de

Castilla y las tropas cristianas para ayudarles contra los bereberes. Los cordobeses recibieron con ella una gran alegría, pero no se cumplió el anuncio y nada aconteció, porque Dios los quería probar y afligir.

Un poeta, llorando la suerte de Córdoba, escribió:
 "Llora el resplandor de Córdoba, porque la desgracia la ha alcanzado.
 El destino le hizo crédito, pero luego le pidió el pago de su deuda.
 Estaba en el apogeo de su belleza y de una vida dulce y fácil;
 después las cosas se trastornaron, y ahora no ves en ella ni a dos que
 [estén alegres.
 Dile adiós, pues, y vete en paz, si has decidido partir".

Otro, en una *qašida* sobre el mismo tema, dijo:

"Os ha faltado resolución en el gobierno de vuestros intereses: mañana conoceréis la ruina completa.

Si vierais vuestro estado con los ojos de la inteligencia, lloraríais lágrimas de sangre por haber durado en el poder.

Pero la enfermedad de la ceguera ha oscurecido vuestra vista y os ha revestido con vestiduras nuevas destinadas a la consunción.

¡Oh pueblo que ha rasgado el velo de su propia maldad! No todos (*) los que se envilecen encuentran provecho en envilecerse.

En el sura de la Resurrección han sido revelados versículos muy claros relativos a vuestra situación, que no olvidan a ninguno de vosotros.

Y en el sura de la Caverna, el final del versículo veinte os condena a "no ser nunca felices".

Considerad cuán triste será vuestro castigo, pues sois agobiados por un dolor que nunca terminará.

He leído en una historia de Al-Andalus: "Cuando la corrupción entró en Al-Andalus, Córdoba estaba tan floreciente que hubiera hecho olvidar a Bagdad en los tiempos de Hārūn al-Rašid. Su reino era poderoso, su autoridad fuerte, firme su condición. Alcanzó su apogeo en la época de Al-Nāšir [*Abd al-Raḥmān III] y de Al-Ḥakam [II] y siguió así hasta la muerte de Ibn Abi'Āmir ["Almanzor"]; pero luego su gloria se desvaneció. Esto se explica porque al progreso sigue el retroceso y la perfección cede el paso a la deficiencia. No hay cosa perfecta que no sufra un menoscabo inevitable. Dios envió a Muḥammad ibn Hišām [Ibn'Abd al-Ŷabbār] a fin de que, por su

* La "sura de la Resurrección" (59) contiene amenazas de castigo contra varias categorías de pecadores; el versículo 20 (19 en la edición Flügel) del "sura de la Caverna" (18) termina con las mismas palabras (salvo muy ligeras variantes) que se leen al final de este verso.

medio, fuera extirpada la raza de los Omeyas y se acabara su prosperidad, porque Dios —gloria a Él— quiso destruirlos así como aniquiló a ʿĀsīm y a ʿĀdīs: “¿Has oído a alguien hablar de ellos o mencionarlos siquiera?”.

A fines de *Du-l-ḥiǧya* 402 [julio de 1012] los bereberes bajaron a la parte occidental del *wādī*, y se adelantaron dos visires bereberes, *Jazrūn ibn Muḥammad* y *Ḥubāsa ibn Māksan*, quien por su coraje y valor despreciaba a los cordobeses y no les hacía caso. Montado en un caballo bayo peleó valerosamente y fué después a un lugar donde no había lucha. Allí se detuvo con unos pocos caballeros que le acompañaban, y dejaron pacer las cabalgaduras. Cuando he aquí que un numeroso grupo de cordobeses vió desde la trinchera cómo ellos, creyéndose seguros, habían quitado las riendas a sus caballos. Los cordobeses los acometieron y antes de que *Ḥubāsa ibn Māksan* tuviera tiempo de afirmarse en su silla, mientras sus compañeros hacían lo mismo, cayeron setenta caballeros sobre los cinco berberiscos. Resistieron éstos, sin embargo, y dieron muerte a muchos cordobeses; pero uno de ellos alcanzó a *Ḥubāsa* con un golpe de lanza que lo derribó. Sus compañeros huyeron, abandonándole, y fué hecho prisionero. Cuando lo reconocieron lo mataron, lo hicieron pedazos, se repartieron su carne y se la comieron, porque había dado muerte a muchísimos de ellos, haciéndoles experimentar su valor y procurándoles grandes daños. Si lo hubiesen reconocido antes de prenderlo, nadie habría osado atacarlo.

Cuando su hermano *Ḥabbūs ibn Māksan*, su tío *Zāwī ibn Ziri* y su familia supieron la suerte que había corrido, se afligieron grandemente y de noche se prepararon para la lucha. A la mañana siguiente trabaron con los cordobeses un violento combate, como no se había conocido otro, y al día siguiente los bereberes tendieron una emboscada a los cordobeses: las tropas de Córdoba abandonaron la trinchera, provocadas por los bereberes, los vencieron y empezaron a perseguirlos velozmente; pero, de pronto, detrás de ellos, se levantaron los que estaban en acecho y dieron muerte a tanta gente, que no faltáramos a la verdad diciendo que no se salvó un solo caballero.

En el año 403, el día sábado 26 *Šawwāl* [10 de mayo de 1013], como hemos dicho, los cordobeses sufrieron una derrota. Se reunieron y efectuaron una salida general el domingo, segundo día después de la batalla, para combatir a los bereberes y a *Sulaymān*, pero fueron vencidos y muertos rápidamente una vez más. El pueblo gritaba

■ Dos pueblos legendarios de la antigüedad árabe. La cita siguiente es del Corán, 19, 98.

por todas partes, y Córdoba fué expugnada. El cadí Ibn Dakwān, con algunos *alfaquies*, se presentó a Sulaymān y a los jefes de las tribus berberiscas pidiendo el amán, que le fué concedido mediante el pago de grandes sumas de dinero. Tan sólo a Ibn al-Sarḥ fué impuesta una multa de cien mil *dināres*, y a cada uno se le exigieron cantidades por encima de sus posibilidades. Y los bereberes se apoderaron del país.

SEGUNDO REINADO DE SULAYMĀN AL-MUSTA'IN BI'LLĀH

Sulaymān entró en el alcázar de Córdoba el lunes 27 de Šawwāl 403 [11 de mayo de 1013, domingo], y una vez allí hizo venir a Ḥiṣām al-Mu'ayyad y le increpó diciéndole: "¿No habías abdicado el califato en mi favor y estrechado mi mano? Qué te ha inducido a violar tu promesa y a desligarte de tu compromiso?" Él se disculpó diciendo que le habían hecho violencia.

DEPOSICION DE ḤIṢĀM IBN AL-ḤAKAM AL-MU'AYYAD BI'LLĀH

Ante los reproches de Sulaymān, presentó sus excusas, abdicó el califato en su favor y le cedió el mando, entregándose a él. Dice Ibn Ḥayyān: "Sulaymān asumió de inmediato el título soberano de al-Musta'in Bi'llāh y se trasladó a Al-Zahrā' con todos sus bereberes y con el ejército. Como Al-Zahrā' resultara demasiado pequeña para ellos, se establecieron en los alrededores. 'Alī y al-Qāsim, hijos de Ḥammūd, jefes de la facción (*firqa*) de los Aliés, se establecieron en Segunda. Ḥiṣām al-Mu'ayyad desapareció, y no se sabe con certeza cuál fué su suerte: unos dicen que murió después de entrar en el castillo; otros, que huyó".

Ese año Sulaymān al-Musta'in Bi'llāh nombró a 'Alī ibn Ḥammūd comandante de Ceuta, y distribuyó algunas tierras en Al-Andalus entre los jefes de las tribus berberiscas.

Dice Ibn Ḥammāda: "Eran seis tribus: los Šanhāya recibieron Elvira, que permaneció en manos de Ḥabbūs y de sus descendientes alrededor de cien años; el Norte fué entregado a los Magrāwa; Mundir ibn Yaḥyā recibió Zaragoza; los Banū Bīrzāl y los Banū Yefren obtuvieron Jaén y sus alrededores; los Banū Dammar y los Banū Azdāya

lograron Sidonia, Morón y otras fortalezas. Se dice que Al-Qāsim ibn Ḥammūd consiguió el gobierno de Tánger y Arzila. En cuanto a ʿAli ibn Ḥammūd, Sulaymān le dió el gobierno de Ceuta. Cuando ʿAbd Allāh al-Birzālī tuvo noticia del nombramiento de los dos hijos de Ḥammūd, se presentó a Sulaymān: "Príncipe de los Creyentes, díjole, ha llegado hasta mí la noticia de que has entregado el gobierno de Magrib a los Banū Ḥammūd". "Sí", contestó. Y el otro: "¿Los Aliés (26) no son acaso Ṭalibies [Scíes]?". Contestó: "Por cierto". Díjole: "Tú vas hacia unas serpezueltas que harás transformar en gruesas serpientes". Sulaymān dijo: "Ya he despachado la orden".

Escribe Ibn Ḥayyān: "Un hecho extraño y admirable sucedió a Sulaymān: cuando el poder estuvo firme en sus manos, después que se deshizo de Hišām ibn al-Ḥakam, uno de los jefes de sus tropas le dió, a propósito de haber elegido a ʿAli ibn Ḥammūd como jefe de (27) Ceuta, un consejo que él no siguió, y entregó la ciudad a un enemigo suyo, quien lo odiaba en secreto y estaba lo más lejano de él, en razón de proyectos y de parentesco. En efecto, se arrojó sobre él, dándole muerte, y le arrebató el reino, convulsionó su dinastía y destrozó su familia. Cuando Dios quiere algo, lo cumple, y el juicio pertenece a Dios, el único sin compañero.

Cuando Hišām ibn al-Ḥakam comprendió la gravedad de su situación y tuvo la certeza de que su reino había terminado, nombró a ʿAli ibn Ḥammūd su heredero presuntivo, legándole el califato. Con estas instrucciones secretas lo envió a Ceuta y le encargó pidiera su venganza, haciéndole prometer que guardaría el secreto hasta que llegara el momento oportuno.

Después que Sulaymān y los bereberes se apoderaron de Córdoba, en esta segunda época, el *ḥāḍib* y los visires se unieron a ellos. Con Sulaymān empezó el reinado de los bereberes en Córdoba; el reinado de los Omeyas terminó en Al-Andalus, habiéndose mantenido durante 268 años y 43 días.

Cuando Sulaymān entró en Córdoba, un habitante de la ciudad se presentó a Ḥabbūs ibn Māksan y le dió a conocer al que matara a su hermano. Aquél entró en la ciudad a caballo con unos compañeros; los habitantes lo miraban medio muertos de espanto. Por fin llegó a la casa de su adversario, le hizo salir y le dió muerte; y luego incendió la casa. Encontró en ella algunas riquezas, que se llevó; entre otras cosas había 14 esclavas, muchos tapices y armas. Hizo desenterrar a

(26) La traducción de estos dos trozos no es nada segura, y el texto parece alterado. Se cree que el primero es un proverbio, que aún no he podido averiguar.

su hermano y no halló más que los huesos, pues sus carnes habían sido devoradas, "¡Por Dios!, dijo, yo no concedí nunca el indulto a ninguno de los esclavos de los Omeyas". La gente le tuvo miedo, y muchos huyeron, abandonando sus casas y sus bienes, que llegaron a poder de los bereberes. Estos se repartieron el país y lo dominaron: mataban a todo aquel que se les oponía e incendiaban y destruían cualquier lugar que ofrecía resistencia.

Dice Ibn Ḥammāda: "Cuando los bereberes y Sulaymān se adueñaron de Córdoba, los esclavos Āmiriyya temieron por sus vidas y huyeron hacia el oriente de Al-Andalus, estableciendo su dominio en Valencia, Játiva, Denia y otras ciudades, como aclararemos en su oportunidad".

G. LEVI DELLA VIDA.